

Música

MAHLER Y SU ESPECIALISTA

Por Juan Arturo Brennan

En el medio teatral mexicano se recuerda con cariño y admiración a Carlos Ancira, en primer lugar porque fue un estupendo actor, y en segundo lugar, por sus continuas y numerosas representaciones del *Diario de un loco*, que le dieron un prestigio que incluso trascendió nuestras fronteras. Ancira fue, ni más ni menos, el especialista en *Diario de un loco*. Del mismo modo, el pianista italiano Aldo Ciccolini es renombrado en todo el mundo por sus interpretaciones de la música de Erik Satie. Si bien Ciccolini es un pianista con amplio repertorio, incluyendo cierta preferencia por las obras de Camille Saint-Saens, lo cierto es que le conocemos como el especialista en Satie.

¿Hasta dónde se puede llevar cierta tendencia a la especialización en el campo de la interpretación artística? Hace unas semanas, en agosto de este año, los melómanos de la ciudad de México tuvieron un curioso acercamiento a un notable fenómeno de especialización musical, en la figura del señor Gilbert Kaplan.

En el séptimo programa de la Temporada 1988 de la Orquesta Sinfónica de Minería, Gilbert Kaplan fue invitado a dirigir la obra única de dicho programa: la enorme Sinfonía No. 2 en do menor, *Resurrección*, de Gustav Mahler. En principio, cualquier interpretación de esta gran partitura en una de nuestras salas de concierto es en sí misma un acontecimiento, no sólo por el valor intrínseco de la música de Mahler, sino por lo infrecuente de la aparición de la *Sinfonía Resurrección* en nuestros programas de concierto. Pero además del interés puramente musical, la presencia de Mahler en este caso estuvo rodeada de una interesante historia, que se refiere a la peculiar vocación de Gilbert Kaplan.

Según datos que fueron apareciendo en los medios locales de comunicación, la profesión original de Kaplan tiene más que ver con las acciones, las tasas de interés y las transacciones bursátiles, que con las

orquestas y las partituras. Al parecer, Kaplan fue uno de tantos y tantos melómanos que, al conocer la música de Mahler, quedaron fascinados, hipnotizados y profundamente impactados. Hasta aquí, todo normal. Lo peculiar del caso es que, después de escuchar la *Sinfonía Resurrección* de Gustav Mahler, el señor Kaplan llevó su transfiguración mucho más allá que el común de los mortales. Se dedicó desde entonces a conocer profundamente la obra, tomando para ello cursos especiales de música y dirección orquestal. Después de un tiempo, Kaplan comenzó a viajar por el mundo, buscando en las mejores salas de concierto todas las interpretaciones en vivo de esta obra que pudo localizar. Siguió estudiando la obra con singular empeño y, finalmente, como un auténtico *amateur* en toda la extensión de la palabra, utilizó sus amplios recursos económicos para tener a su disposición a la Orquesta Sinfónica Americana en el Lincoln Center de Nueva York, donde finalmente cumplió su deseo supremo: dirigir la segunda sinfonía de Mahler. Lo más normal es que la historia hubiera terminado ahí, pero el caso es que tanto los músicos como el público y la crítica decidieron que, para ser un aficionado, el señor Kaplan lo había hecho bastante bien, y había demostrado conocer a fondo la complicada partitura de Mahler. A partir de entonces, comenzaron a lloverle invitaciones para dirigir la *Sinfonía Resurrección* por todo el mundo: Inglaterra, Gales, Japón, Hungría, Suecia y muchos otros lugares han atestiguado el profundo amor de Kaplan por esta sinfonía de Mahler, y su compromiso total con ella.

Así fue como Gilbert Kaplan se convirtió, para asombro de propios y extraños, en el especialista en la *Resurrección* de Mahler. Por si ello fuera poco, Kaplan ha investigado a fondo todo lo relativo a la composición de la obra, y ha producido algunos textos interesantes al respecto. Además, recurriendo de nuevo a su bien dotado bolsillo, Kaplan adquirió el manuscrito original de la partitura, y publicó con sus propios recursos una edición facsimilar de la obra. Más aún: Kaplan aplicó algunos de sus billetes para colaborar a la reconstrucción de la casita de campo a orillas del lago Attersee, en la que Mahler pasó muchos veranos componiendo, y que fue el lugar de nacimiento de la segunda sinfonía.

Con todos estos antecedentes, Kaplan se presentó en la Sala Nezahualcóyotl de la UNAM a mediados de agosto para dirigir la *Resurrección* en dos conciertos que

resultaron ciertamente interesantes. Además de sus valores estéticos fundamentales, esta sinfonía tiene algunos extras que le añaden interés al espectáculo de su interpretación en concierto: una orquesta enorme, una soprano y una mezzosoprano solistas, un coro mixto, una banda de metales, percusiones y campanas fuera de la escena. Las reacciones al trabajo de Kaplan, tanto entre el público como entre los propios músicos, fueron positivas en general, considerando las circunstancias. Si bien fue reconocido el hecho de que Kaplan conoce y ama profundamente esta hermosa obra mahleriana, se hizo presente el comentario en el sentido de que le falta



Gustav Mahler

una experiencia musical más completa en el difícil campo de la música sinfónica. Dicho de otro modo: se antoja difícil llegar directamente al corazón de Mahler sin haber pasado antes por Haydn, Mozart, Beethoven, Schubert, Brahms y Bruckner. De cualquier forma, y aun ante el posible escepticismo de músicos más preparados que Kaplan, lo cierto es que la suya es una verdadera labor de amor musical, amor que les falta a otros que tienen un entrenamiento más completo.

¿Qué hay, pues, en la *Sinfonía Resurrección* de Mahler, que pueda haber provocado la peculiar especialización de Gilbert Kaplan? Mahler concibió la sinfonía hacia 1887, y la terminó en junio de 1894, en Steinbach, a orillas del Attersee. La parte medular de la obra fue escrita por Mahler en Hamburgo, donde el compositor asistió al funeral del gran director orquestal Hans von Bülow. Fue durante esta ceremonia que Mahler concibió la idea de incorporar el himno *La Resurrección* de Klopstock al último movimiento de la obra. Junto con la tercera sinfonía, ésta es probablemente la obra más programática de Mahler. De hecho, el compositor escribió un largo texto descriptivo de la *Sinfonía Resurrección*, del que transcribo aquí algunos fragmentos interesantes:

"Movimiento I: Lo he llamado *rito fúnebre*. Estoy depositando al héroe de mi primera sinfonía (el Titán) en su tumba. Al mismo tiempo, hago esta pre-

gunta: ¿Con qué propósito has vivido? La respuesta la doy en el último movimiento.

Movimiento II: Recordando el pasado, como un rayo de luz en la vida del héroe.

Movimiento III: De regreso a la turbulencia de la vida. Todo parece horrible... como mirar desde fuera un brillante salón lleno de gente que baila, sin poder escuchar la música. La vida parece no tener sentido, es como una pesadilla de la que uno despierta con un grito.

Movimiento IV: La emotiva voz de la fe pura alcanza nuestro oído: *Soy de Dios, y a Él he de volver*.

Movimiento V: Suena la voz en el desierto: ha llegado el fin de la vida, y se acerca el Día del Juicio. Las tumbas se abren, los muertos desfilan... suenan las trompetas de la Revelación. Un suave coro de santos y seres celestiales canta: 'Resurrección, sí, la Resurrección os será concedida'. Y aparece la gloria de Dios. Y no hay juicio, no hay justos ni pecadores, no hay castigo ni recompensa. Un enorme sentimiento de amor nos transfigura."

Los movimientos primero y tercero de esta enorme obra fueron dirigidos por Richard Strauss en Berlín en marzo de 1895, y la

obra completa se estrenó en la misma ciudad en diciembre de ese año, bajo la batuta del mismo Mahler. La partitura fue editada en el invierno de 1896-97, junto con su reducción a dos pianos, preparada por Bruno Walter. Fue precisamente Bruno Walter, amigo cercano y promotor de Mahler, el autor de una de las biografías más cálidas e ilustrativas del gran compositor. En ella, Walter se refiere así a la *Sinfonía Resurrección*:

"En el cuarto movimiento hay palabras cantadas: con el *Urlicht* (Luz primera) iluminan la impenetrable avalancha de sonido, tejida de ambientes, pero construida según sus propias leyes. El hombre canta, con piadosas palabras tomadas de *El cuerno mágico del doncel*, su confianza en que Dios le dará una vela para guiarlo a una vida de felicidad eterna. Aquí casi se nos da un programa para el siguiente movimiento: vagando en la *Luz primera*. Una visión semejante determinó la forma general del movimiento. La música y la idea se acercan. La imaginación de Mahler es dominada por el Juicio Final, y desde el inicio del quinto movimiento en adelante, se puede sentir el conflicto entre una serie de imágenes mentales y el desarrollo de la música. La música debe ceder, y esto es fácil de entender al recordar las emociones de un hombre poseído por tales ideas. Sin embargo, con el desarrollo a la *marcha* de los temas corales, el músico domina otra vez, y cede ante el poeta sólo con la entrada de la *Gran llamada*. Con la sublime música en que Mahler transformó el poema de Klopstock sobre la Resurrección, y al que añadió en verso la expresión de sus esperanzas y convicciones, responde por vez primera a la angustia, la duda, las preguntas que torturaban su alma. En sonidos transfigurados, inspirados por el elevado mensaje de su corazón, Mahler alcanza la solemne afirmación del final: 'Moriré para vivir'."

Es fácil ver que la combinación de estos textos y estas ideas con la poderosa música de Mahler no puede ser sino enorme y apocalíptica, y se hace muy comprensible la avalancha de emociones que una buena interpretación de la obra puede despertar. Si un *amateur* musical como Gilbert Kaplan hubo de elegir una obra para hacerla tan íntimamente suya, sin duda eligió bien al poner sus ojos, sus oídos y su alma en la *Sinfonía Resurrección* de Gustav Mahler. ♦

